

PEQUEÑAS BOMBAS Y CAJAS DE SORPRESAS

Un libro de Guillermo Rochabrún

Walter Twanama

“Con este consuelo me metí en la cama y traté de dormirme repitiendo para mis adentros la hora en que quería despertarme, pues sé que el subconsciente, además de desvirtuar nuestra infancia, tergiversar nuestros afectos, recordarnos lo que ansiamos olvidar, revelarnos nuestra abyecta condición y destrozarnos, en suma, la vida, cuando se le antoja y a modo de compensación, hace las veces de despertador”. Eduardo Mendoza: *El Misterio de la Cripta Embrujada*.

Quiero empezar este comentario agradeciendo a Guillermo Rochabrún por la invitación a presentar un libro que he esperado desde hace varios años con gran interés y además, debo confesarlo, con gran curiosidad. Entiendo que mi rol en esta presentación es el de psicólogo, y debido a ello concentraré mi intervención en el capítulo que Guillermo dedica a las relaciones entre psicoanálisis y ciencias sociales. Sin embargo debo indicar que entiendo a la Psicología y al Psicoanálisis como dos disciplinas con intersecciones diversas y también con temas propios de cada una de ellas y que la otra no toca; sobre esto espero poder decir algo más adelante.

No es fácil reconocer cuáles son las ideas de Freud sobre la relación entre su doctrina y las ciencias sociales; en ocasiones parece reducir éstas últimas a la simple psicología individual, como cuando nos dice que “la sociología no puede ser otra cosa que psicología aplicada”, pero en cambio

en otras subraya la naturaleza social del psiquismo. Así, dice por ejemplo que “toda psicología individual es una psicología social”; aprovecharemos este diálogo con el texto de Guillermo para plantear nuestra opinión sobre esta temática en la doctrina freudiana, porque lo cierto es que Freud y el psicoanálisis han resultado de interés para diversos sociólogos, con distintas preocupaciones. Tal vez por eso en el capítulo comentado encontramos en primer lugar una declaración de motivos; así, Rochabrún señala que en relación a lo subjetivo, al “mundo interior” de las personas existen quienes afirman

“la supuesta ausencia de regularidad del mismo, de aquella regularidad que definiría ‘lo objetivo’. Lo subjetivo se entiende...como un reino de la libertad, de la voluntad, si no de lo arbitrario e inclusive —llegado el caso— de lo ‘irracional’.(p. 102)”

Pero también nos dice que una posibilidad distinta radica en buscar las “leyes de la subjetividad” como ha intentado el psicoanálisis. Esta distinción no es trivial; por ejemplo se le escapó a Lukács en *El Asalto a la Razón* y volveré sobre ella al tratar del psicoanálisis crítico. Luego de mencionar esta distinción Guillermo se propone un balance —que reconoce arriesgado— de los éxitos o fracasos de los numerosos intentos de aproximar la doctrina de Freud al marxismo o a la sociología u otras ciencias sociales.

## LOS SUJETOS EN EL PSICOANALISIS CLASICO

Guillermo presenta la manera en que entiende Freud a los individuos de un modo con el que básicamente coincidimos, y que resumimos para luego glosar:

“El individuo es primariamente un haz de instintos que buscan ser satisfechos ... La sociedad controla, posterga y limita esa satisfacción, y si bien no puede ni le interesa impedirla, obliga a los impulsos a transcurrir por canales que ella impone. Entre sociedad e individuo se entabla en principio una relación hostil que solamente puede resolverse de manera constructiva a favor de aquélla a través de la sublimación de los instintos ... el orden social se presenta como un mecanismo de control y represión” (pp. 102 y 103).

“El super-yo es, a fin de cuentas, la moral de la sociedad que con mayor o menor éxito ha sido introyectada en el individuo ... El super-

yo es, en consecuencia, una realidad derivada que aparece con la *maduración* del individuo; no es pues una realidad primaria ... El super-yo freudiano se forma a través de las instancias de socialización institucionalizadas —la familia, la educación. Pero ni está asegurado ni es un mecanismo perfecto: Los individuos desarrollarán en mayor o menor grado predisposiciones psicológicas divergentes de las expectativas que sus roles prescriben. En consecuencia, se hacen necesarios mecanismos de control social que complementen la canalización de las energías e impulsos que la simple socialización es incapaz de lograr a plenitud” (pp. 103-104).

En este esquema la tarea de la psicoterapia es *adaptar* al individuo a “su” sociedad. Luego de esta lectura Guillermo explora la relación entre la perspectiva expuesta y el estructural-funcionalismo de Parsons. En el caso del psicoanálisis los instintos resultan un principio activo de constitución de los sujetos y la sociedad, mientras que en Parsons, al privilegiar los valores, la parte psico-biológica es más bien una suerte de límite hacia abajo (¿hacia lo pre-social?) que debe ser cubierta. A pesar de esta contradicción en términos de la naturaleza de lo social, Parsons se mostró interesado en algunos tópicos del psicoanálisis, como la constitución del super-yo. Rochabrún define esto como un psicoanálisis de-sexualizado y conservadoramente entendido; recuerda también que “en 1908 Freud señalaba la responsabilidad que recaía sobre la sociedad respecto a una amplia gama de enfermedades neuróticas” (p. 105) y que expresó alguna vez la necesidad de “luchar contra la influencia represiva de la iglesia y el Estado”. Sin embargo “optó finalmente por desarrollar sus teorías evitando todo cuestionamiento frontal a la sociedad y al orden existente” (p. 105).

En este punto creo necesario hacer algunas observaciones a lo señalado en el texto. Una discusión cuya reproducción sería demasiado larga es la referida a las naturaleza del *Trieb* freudiano. Este término ha sido traducido como “instinto”, “impulso” o “pulsión” e implica una entidad límite —“suspendida” dice Freud— entre lo biológico y lo psíquico. Se diferencia del “instinto” entendido como determinación biológica por su plasticidad en cuanto a fines y objetos, pues la forma de su satisfacción no viene determinada biológicamente; esta diferencia debe quedar señalada.

También encontramos en la lectura que Guillermo hace del psicoanálisis la idea de que el sujeto construido por el freudismo resulta “secundariamente” social. Sin embargo quisiera proponer que el sujeto en Freud no

es otro que el sujeto ya constituido, el que emerge de la disolución del complejo de Edipo y que en el lenguaje de la segunda tópica freudiana guarda en sí las conocidas tres instancias: ello, yo y super-yo. Esto puede parecer irrelevante pero justamente es en el psicoanálisis donde de un modo más claro se ha insistido en la imposibilidad de constituirse como sujeto humano sin un entorno humano previo —y por lo tanto social— que permita tal advenimiento; antes de eso lo que tenemos es —permítanme decirlo de este modo— el soporte biológico de los sujetos. Por otro lado, es cierta la afirmación de que en esta doctrina hay una “relación hostil” entre individuo y sociedad. ¿pero será posible pensar en otro tipo de relación entre ambos términos desde cualquier teoría en la que el *núcleo duro* del sujeto es una instancia activa en la producción de impulsos y opaca a su consciencia?

Además creo necesario reconsiderar si realmente Freud evitó “todo cuestionamiento frontal a la sociedad y al orden existente”. Tal vez debamos relativizar esto si tomamos en cuenta que en sus escritos Freud se considera tan subversivo como Copérnico y Darwin respecto a la visión que el hombre tiene de sí mismo, y explica las resistencias que genera el psicoanálisis por este carácter revolucionario. Frente al marxismo Freud tiene opiniones muy diversas, pues a veces celebra que Marx y Engels no hayan rechazado del todo los factores no económicos, y en otras reflexiona sobre el poco conocimiento que tenían estos autores sobre la *naturaleza humana*. Lo cierto es que cuando la obra de cualquier autor supera los cinco kilogramos en papel biblia se pueden encontrar citas para justificar todas las opiniones; en todo caso estos no son los mejores criterios para evaluar el conservadurismo del psicoanálisis.

¿Cómo hacerlo entonces? resulta necesario extenderse sobre lo que llamaré el *Freud social*. Si se observa cronológicamente la producción teórica de Freud, veremos que *el abandono progresivo de escritos sobre clínica y técnica es acompañado de una constante preocupación por la teoría del psiquismo (pulsiones, el aparato psíquico) y por un interés creciente en temas sociales*. Respecto a estos últimos nunca hay investigaciones en sentido estricto, y más bien sí una suerte de *filosofía social*. Son estos los textos que hay que recorrer para juzgar sobre la naturaleza conservadora de la doctrina freudiana.

Probablemente el primer escrito psicoanalítico verdaderamente importante en esta temática es *Tótem y Tabú*, en el cual Freud va a proponer un mito fundante de la socialidad: en la prehistoria de la humanidad los hombres

vivían en grupos errantes de machos y hembras —la llamada horda primitiva—, con el macho más fuerte, padre de los demás, único con acceso a las mujeres y dotado de poder omnímodo. En algún momento los hijos de este macho, hermanos entre sí —de ahí el término *fratría*—, deciden asesinar al padre y que ninguno de ellos ocupe ese lugar; la culpa resultante del asesinato, internalizada, se convierte en garante del acuerdo tomado. Seguramente se reconoce aquí una preocupación semejante a la que planteó Hobbes en *Leviathan*: esta historia, como casi todo mito de origen, presupone una socialidad para fundar LA socialidad. Freud mantendrá a lo largo de su vida —se ve en *Moisés y la Religión Monoteísta*, último texto social importante de su obra— la creencia en la realidad de este mito.

A pesar de esta base endeble, Freud tiene aportes poco explotados, al análisis de ciertos procesos sociales. Por ejemplo en *Psicología de Masas y Análisis del Yo* presenta sus esquemas de identificación con el líder y entre miembros de una masa como explicación del elemento cohesionador de un grupo. En *El Malestar en la Cultura* propone que la culpa, única forma de control de la agresividad humana —que es innata— es fuente inagotable de dicho malestar, que consiste en un sentimiento de incomodidad, descontento general y desdicha.

En este punto podemos definir a Freud como un pesimista social; al considerar a la agresividad como una pulsión —que la cultura obliga a coartar— en pie de igualdad con la pulsión erótica, condena a los hombres a las cargas de la culpa. Sin embargo, es importante notar que en su concepto las mujeres, los miembros de culturas primitivas y el vulgo, no consolidan el super-yo. En otro lugar<sup>1</sup> hemos propuesto prestar atención a otros mecanismos de control social, como la vergüenza, que parecen dominar en culturas distintas de la judía y la cristiana protestante; tal vez considerar estos otros fenómenos permitiría una reubicación de la teoría freudiana en la que justamente las mujeres, los miembros de otras culturas y el llamado vulgo sean *modelos potenciales de libertad* frente al mencionado malestar —esto es, otra forma de procesar la convivencia. Por otro lado no hay que olvidar que Freud admite que su propuesta dual de eros y pulsión de muerte es una hipótesis desechable, y la llama “la mitología” del psicoanálisis.

---

1. "Ley, Culpa y Vergüenza en el Perú" en De la escucha a la interpretación en el Perú de hoy, Sociedad Peruana de Psicoanálisis (en prensa).

## UNA MIRADA AL PSICOANÁLISIS CRÍTICO

Guillermo también revisa algunos autores del llamado psicoanálisis crítico: Reich, Marcuse, Caruso, Fromm; algunos como Reich y este último, ubicados en las primeras generaciones de psicoanalistas, intentaron fusionar de diversas maneras el psicoanálisis con el marxismo. En estos autores “existe un antagonismo entre individuo y sociedad, pero no es inherente a la naturaleza humana, sino tan sólo relativo a las formas de organización social” (p. 105), específicamente de la sociedad capitalista.

Guillermo resume así las ideas del psicoanálisis crítico:

“la sociedad industrial requeriría controlar en forma minuciosa a los individuos y para ello debe invadir sus vidas privadas y embotar su capacidad de discernimiento. De esta manera se explicarían las presiones al consumo masivo, al conformismo, a plegarse a la “moda”, a vivir y morir según un “consenso” impuesto por las exigencias de reproducción de un sistema automático. Tal situación es criticada en nombre de una sociedad genéricamente socialista a ser construida, y que signifique ante todo la constitución de un orden social liberador y libre ... Lo que aquí se destaca es una socialidad *positiva*. En consecuencia el orden social no tiene por qué, en principio, coercionar ni reprimir al ser humano, pues éste no contendría en sí nada que fuera hostil a la sociedad. Sobre esos parámetros se asumiría como criterio y como meta fundamental, el logro de un individuo ‘libre’, ‘plenamente realizado’” (p. 105-106).

Se adivina a Rousseau como música de fondo.

Reich en particular es crítico de las consecuencias sociales que Freud saca del psicoanálisis; él cuestiona la noción freudiana de “principio de realidad”, en la que identifica un sesgo de clase. Para Reich el problema

“no estaba en el individuo y sus impulsos, sino en la sociedad y en la represión que ella generaba. Instituciones como la familia, estructuradas en base a la castidad, la monogamia y la fidelidad, o las religiones patriarcales con su carga de a-sexualidad, eran responsables de una represión que no afectaba solamente el plano estrechamente sexual, sino que por la misma naturaleza de éste desde ahí se ramificaba hacia todos los ámbitos de la vida privada y pública, traducándose en apatía, sumisión, pérdida de energías creadoras y apoliticismo, así como en fenómenos sociales tales como la prostitución” (p. 106).

Debido a esto propone asumir hasta sus últimas consecuencias la teoría de la libido, de la cual —como dice Guillermo— extrajo un conjunto de explosivas conclusiones que intentó traducir en acciones prácticas. “Mediante ellas procuró hacer conscientes a jóvenes y obreros de la represión con la que la sociedad capitalista los oprimía” (p. 106).

Respecto a este psicoanálisis queremos recordar la distinción inicial hecha por Guillermo relativa a lo subjetivo: se puede tratar de conocer sus leyes —es el caso del psicoanálisis— o abordarlo como algo irracional. En el caso de Reich —y casi siempre de sus reivindicadores espontáneos— se puede reconocer una propuesta de liberación de los impulsos que está en un camino intermedio entre ambas posiciones, y que implica una manera pre-freudiana de concebir lo *inconsciente* que tiene profundas marcas de romanticismo. Por esto la prioridad de la teoría de la libido, en la cual se privilegia una visión energética de los impulsos; sobre esto volveremos más adelante.

Guillermo prosigue con la mención de Fromm y concluye: “En suma, tanto para el psicoanálisis ‘ortodoxo’ como para el ‘crítico’ hay un dualismo entre individuo y sociedad, y en ambos este dualismo se expresa en términos de racionalidad e irracionalidad” (p. 108). Pero mientras en el primero el individuo es irracional y la sociedad racional, en el segundo es exactamente lo contrario. Sin embargo, según nuestra breve exposición del Freud social, difícilmente hay en sus textos una afirmación de racionalidad en la sociedad humana; en cambio coincidimos en que para la “teoría crítica” el problema es la sociedad y que deja “sin explicar cómo es que sobre la base de individuos dotados de una socialidad positiva la sociedad podría generar una socialidad negativa” (p. 109). Dice bien Rochabrún que el psicoanálisis crítico ha invertido los términos planteados por Hobbes o Parsons, pero no los ha transformado.

Antes de cerrar con este acápite debemos hacer un señalamiento: realizar un inventario de los encuentros entre científicos sociales y freudianos resulta una tarea inmensa; hay varios libros dedicados a esta relación y entendemos que no fue ése el objetivo que se trazó Guillermo para este capítulo. Sin embargo, queremos mencionar una omisión importante: el psicoanálisis francés, cuyo iniciador, profeta y santón fue Jacques Lacan. Lacan resultó incitador, interlocutor de privilegio o antagonista a su pesar, de casi todos los desarrollos en las ciencias sociales posteriores al existencialismo en su país de origen: la crítica textual de Roland Barthes, el marxismo de Louis Althusser —notorio paciente de Lacan—. Foucault, Derrida, Julia Kristeva y el equipo

editorial de la revista *Tel Quel*; Deleuze y Guattari, Todorov y la problemática del *Otro*, los “malvados” *postmodernos*: Lyotard y Baudrillard. Todos ellos son impensables sin la referencia a Lacan<sup>2</sup>; estando aún en curso la influencia de esta corriente en los predios de la Sociología solamente podrá ser evaluada en el futuro.

### ¿TAN NECESARIO COMO IMPOSIBLE?

Rochabrún cierra el capítulo preguntándose por la posible complementariedad entre marxismo y psicoanálisis; emplea para esto un artículo del psicoanalista norteamericano Joel Kovel, para quien el pensamiento de Marx es inherentemente refractario a lo subjetivo. Kovel afirma lo siguiente:

“los términos de su propio discurso, el mismo método que Marx empleó con tanta fuerza, exigen apreciar la motivación humana solamente en tanto que ella concluya en una acción —es decir, en algún hecho del mundo objetivo.”

Posteriormente Kovel expone brevemente las afinidades —tal vez superficiales— entre Freud y Marx, subrayando que “en ambos casos se diagnostican realidades reprimidas a ser liberadas” y que ambos están más cerca entre sí que de la inmediatez tanto del positivismo como del sentido común<sup>3</sup>. Al final Guillermo plantea que en Kovel puede rastrearse un cuadro de complementación —carencias que el otro puede cubrir— en los pensamientos de ambos autores: la posibilidad de un “ensamblaje recíproco” (todas estas citas corresponden a la p. 109).

Con Kovel, Rochabrún llama la atención sobre uno de estos aspectos complementarios: la gran omisión en Marx es el proceso de la infancia, pues como dijera Sartre “A los marxistas de hoy sólo les preocupan los adultos; al leerlos podría creerse que nacemos a la edad en que ganamos nuestro

---

2. Esto lo hace notar Vincent Descombes en su libro *Lo Mismo y lo Otro. Cuarenta y Cinco Años de Filosofía Francesa (1933-1978)*. (Editorial Cátedra, Colección Teorema. Madrid 1982), y lo hace de un modo singular: aunque la doctrina de Lacan no es mencionada sino de paso y en referencia a otros autores, el retrato de este psicoanalista adorna la carátula del texto.

3. Cabe preguntar cuánto del psicoanálisis y del marxismo está hoy realmente fuera del sentido común.

primer salario...”. Recíprocamente —nos recuerda Guillermo— el psicoanalista Mario Erdheim ha sostenido que “el psicoanálisis hipertrofia la familia por carecer de todo concepto de trabajo, salvo como sublimación”. Debo añadir a esto que el concepto de sublimación nunca fue explicado a satisfacción por Freud.

Quisiera mencionar aquí una idea que en la presentación que Rochabrún hace de Kovel me resulta especialmente interesante: la referencia a los deseos y placeres perdidos en la infancia, los que resultarían “el núcleo de un impulso utópico; esto podría combinarse con el incumplimiento de la promesa capitalista de proporcionar bienestar material” (p. 109-110). Tal vez podríamos citar aquí la *boutade* de Borges: “No hay más paraísos que los paraísos perdidos”.

En el mismo sentido se menciona “la separación radical [que el psicoanálisis establece (W.T.)] entre el pensamiento infantil y el adulto (entre el proceso primario y el secundario) que fuerza a la represión de la libre descarga de la tensión psicológica, dando lugar a un ‘principio de realidad’” (p. 110). Dirá Kovel que “tal como éste se da en la sociedad capitalista, el deseo, el mito y el misterio (‘todos los concomitantes de la imaginación humana y de la infancia’) son excluidos por no ser objetificables y por tanto carecer de valor de cambio” (*Ibid.*). Valdría la pena repensar y poner en cuestión esta tesis a la luz del desarrollo alcanzado por los medios de comunicación, el *showbusiness* y las técnicas de *marketing*.

Otro aspecto que me interesa discutir se relaciona al anterior. Para Kovel la ruptura entre pensamiento infantil y adulto es “una manera freudiana de describir la escisión sujeto/objeto, tan central al mundo del capital” (p. 110), pero encuentra una dificultad en *el carácter no problemático que el sujeto asume para el marxismo*, a diferencia de lo que ocurre en el psicoanálisis —recuérdese el epígrafe de Mendoza con que iniciamos nuestro comentario. En el marxismo el sujeto es visto como “el conjunto de sus relaciones sociales” (6a. Tesis sobre Feuerbach) o como “el reflejo de cada individuo en los otros”, según la conocida nota a pie de página de la primera sección del tomo I de *El Capital*:

“Tan sólo a través de la relación con el hombre Pablo como igual suyo, el hombre Pedro se relaciona consigo mismo como hombre. Pero con ello también el hombre Pablo, de pies a cabeza, en su corporeidad paulina cuenta para Pedro como la forma en que se manifiesta el *genus* [género] hombre”

No obstante, vale la pena recordar lo que antecede a esta cita en la misma nota: “*como no viene al mundo provisto de un espejo ... sólo se refleja de primera intención en un semejante*”. Esta última referencia me sirve para recordar el artículo de Lacan “El Estadio del Espejo” (1953), según el cual *el sujeto construye su yo a partir de una identificación, proceso que justamente produce su escisión en tanto sujeto deseante*. Dicho de otra manera, en esta idea —con ecos de hegelianismo— que Marx menciona de paso y que dejaría sin desarrollar, podemos encontrar justamente bases para una consideración problemática del sujeto<sup>4</sup>.

Quisiera terminar mis propias reflexiones sobre el capítulo comentado mencionando dos temas que su lectura me ha suscitado:

1) Me parece importante llamar la atención sobre el proceso por el cual el psicoanálisis se ha constituido en *la única* disciplina del psiquismo que ha suscitado la atención de los científicos sociales, por lo menos en nuestro país. Esto es notorio en el empleo, a veces espurio, de términos como *inconsciente*. Creo que esto está vinculado a su difusión en el sentido común de nuestro tiempo, y también al isomorfismo ideológico-ético por el que marxismo y psicoanálisis diagnostican realidades reprimidas a ser liberadas. Y además, por lo atractivo del proceso de *develar* una realidad supuestamente sumergida<sup>5</sup>: una especie de “te cog” epistemológico; o como ironiza Julio Cortázar en *Rayuela*, “siempre es *detrás*, hay que convencerse de que es la idea clave del pensamiento moderno”. Sobre esto es posible preguntarse qué caminos ha seguido el estudio de Nietzsche —el tercer “maestro de la sospecha”— en nuestro medio.

---

4. Existe un trabajo anterior al de Lacan, de Henri Wallon, psicólogo cognitivo francés, que se declara marxista, en el cual la identificación con la imagen especular permite la construcción del yo y un desencuentro entre la propia imagen y el desarrollo motor. En él la disociación será superada en el proceso de maduración y no se hacen referencias a la nota de Marx. La originalidad de Lacan consiste en ir más allá del problema relativo al desarrollo de las funciones motoras para hacer de esa escisión un fenómeno central en el proceso por el que el sujeto se constituye; desde esta perspectiva teórica, el sujeto es siempre un sujeto escindido. Con Dana Cáceres y Carlos Molina intentamos un paralelo entre esta intuición de Marx y la teoría de constitución del sujeto en Freud en “S/A, Freud en Familia.” *Escritos, Revista de Psicología*, año 1 n. 2-3, Lima, 1985). Desconozco si alguien más ha tomado en serio la intuición marxiana que menciona Kovel.

5. De ahí que la famosa metáfora de la “punta del iceberg” sea tan frecuentemente utilizada en nuestras conversaciones; sobre esto hay algunas intuiciones de Alberto Flores Galindo.

Pero también creo que hay cierta fascinación en la apelación a lo irracional a la que tanto el texto de Guillermo como este comentario se han referido. Sobre este punto me parece que la búsqueda de explicaciones por el lado de lo irracional es a veces un atajo ante la imposibilidad de entender lógicas más o menos claras en la conciencia de quienes las portan, pero opacas a los observadores. Esto ocurre en la medida en que tales observadores atribuyen previamente a dichos portadores *otras* racionalidades, elaboradas *in vitro*, en la *búsqueda del sujeto social*, sea de la revolución, la democracia o el desarrollo. Creo que esta *búsqueda del sujeto social* es el *meta-relato* de nuestras ciencias sociales y disciplinas conexas; tal vez bastaría aproximarse a la gente y preguntar más y mejor.

Respecto al mismo punto, valdría la pena revisar qué podrían aportar a las ciencias sociales otras corrientes estudiosas del psiquismo: en este momento pienso en Piaget, su teoría del desarrollo cognitivo y sus aplicaciones al campo de la construcción de la moral —lo que de paso podría servir para que esta corriente psicológica salga de su etnocentrismo. Pienso también en la teoría sistémica, aplicada en terapia familiar, y cuya metodología podría emplearse para el estudio de la interacciones en grupos más o menos estables —y aquí tengo en mente los estudios de género. Finalmente debo mencionar los desarrollos más recientes y elaborados del “odiado” conductismo, que podrían —por ejemplo— resultar complementarios de las exploraciones que Guillermo Nugent viene haciendo en el Pragmatismo.

2) Aunque creo haberme adelantado en el párrafo anterior me referiré aquí a la necesidad de que las ciencias sociales cuenten con alguna psicología explícita, pues de otro modo caen en las teorías psicológicas *ad-hoc* que el sentido común crea para explicar situaciones *a-posteriori*. Ejemplos de estas teorías son las de el “hombre resorte”<sup>6</sup> y el “hombre olla de agua hirviendo”, vulgarizaciones del conductismo y el psicoanálisis respectivamente. En la primera (resorte) los sujetos, golpeados en un extremo (por el hambre, digamos) saltan automáticamente por el otro (en acciones violentas). En la segunda (olla) —más sofisticada— las condiciones externas (temperatura, escasez, falta de trabajo) exacerbaban los fluidos internos (agua-vapor o agresividad instintiva) hasta producir una explosión.

---

6. La expresión es de Gonzalo Portocarrero.

Justamente autores como Fromm y Lacan han criticado en Freud esta subyacente concepción “hidráulica” de los impulsos. Cuando estas opiniones se manifiestan, por lo general no se explicitan las mediaciones entre la situación externa y las conductas violentas, desviantes o anómicas: los demás actúan (actuarán) entonces *irracionalmente*. Pareciera asumirse que las emociones tienen necesariamente algún tipo de salida fuerte, como si efectivamente se tratara de algún gas concentrado. ¿Cuántas de estas explicaciones se han producido, por ejemplo, en relación a Sendero Luminoso o a la radicalización de la juventud? De algún modo en la manera de pensar las relaciones entre los hombres y sus acciones que he criticado en el párrafo anterior hay una caricatura de ese encuentro “tan necesario como imposible” al que hacía referencia Rochabrún.

Debo cerrar mi comentario mencionando algunos aspectos puntuales sobre el libro y que no atañen tanto al capítulo en el que me he concentrado. Lo primero es señalar que el libro plantea algunas tareas pendientes a la comunidad de científicos sociales y allegados: la cancelación de ciertos problemas no puede hacerse sin un balance que nos permita conocer el estado en que está la investigación en ciencias sociales y cuál ha sido su relación con la teoría. Para esta tarea necesaria y necesariamente colectiva el libro de Guillermo será una herramienta indispensable; esta labor es hoy impostergable en la perspectiva de dotar a las ciencias sociales en el Perú de un nuevo programa de investigación que no se imagine a sí mismo como un comienzo absoluto.

Hay por otro lado un pasaje del texto (p. XV) en el que hablando del debate entre corrientes dentro de las ciencias sociales, recuerda una reflexión de Fernando Fuenzalida que Guillermo hace suya: ¿qué puede decir un punto de vista determinado sobre las preguntas formuladas por los otros? Este interrogante le sirve para establecer un criterio por excelencia para juzgar la pertinencia de cualquier corriente teórica: su capacidad de “admitir, re-conocer, re-encontrar las preocupaciones ajenas, su razón de ser y su legitimidad”. Es claro que Guillermo invita tácitamente a hacer nuestra la pregunta y el criterio respectivo.

Debo hacer notar que aunque estos puntos pueden ser —y lo son en el libro— argumentados por medio de la razón, tienen que ver con una ética específica de los científicos sociales y sus preocupaciones teóricas, inherente a su propia actividad. Esto abre un nuevo campo de discusión —y hay que decirlo, también de preocupaciones— realmente importante: *una ética inmanente al trabajo científico*.

Quisiera terminar con algo que no sé si suena o no elogioso, pero siento que lo debo decir: el libro publicado por Guillermo Rochabrún es un libro útil. Es verdad que eso puede ser dicho de muchos libros, los diccionarios y los manuales por ejemplo. No es ese el sentido de mis palabras; me parece que *Socialidad e Individualidad* permite al lector encontrar preguntas inesperadas sobre su propio conocimiento, y está por eso lleno de *pequeñas bombas y cajas de sorpresas*; probablemente esto no suene elogioso a alguien tan sistemático como Guillermo, pero es cierto. Junto a esto creo que los temas y problemas que plantea pueden ser recorridos varias veces por una misma persona, y que en cada una de estas lecturas el texto puede enriquecer la perspectiva del lector, atendiendo al momento vital e intelectual en que se encuentre.

Creo que no es usual al presentar un libro que se celebren la utilidad, la posibilidad que ofrece de revisar algunas de nuestras pobres seguridades, la capacidad de dar pistas para nuevas ideas, y esta calidad de obra abierta, permisiva de múltiples lecturas. Pero quisiera —al terminar esta presentación— subrayarlas, pues en modo alguno son virtudes menores en tiempos crepusculares, en los que es difícil decir si amanece o anochece.